

EDITORIAL

QUE PIENSA UN HUMANISTA DE LA CIENCIA Y DE LA TECNICA?

Dos advertencias como entrada: Una conferencia, si lo es un poco en serio, es un combate cuerpo a cuerpo con los minutos. Pues bien, a este combate me ha lanzado con confiada y amistosa desconsideración el Dr. Ernesto Bonilla, al encargarme que desarrolle un tema tan complejo en el rápido fluir de treinta o cuarenta minutos.

Segunda advertencia: No me arrego yo el título de humanista. Me es suficiente el título de haber vivido muchos años al arrimo del humanismo. Y... pasando este pórtico obligado, entremos en el tema.

Que qué piensa un humanista de la ciencia y de la técnica?

Al término humanista se le han pegado acepciones muy vagas y diversas. Cada época de la historia y cada sistema filosófico tienen su teoría sobre el humanismo y el humanista.

Espero vuestra simpática adhesión al concepto esencial con el que abrimos este tema: El humanismo pretende que el hombre asuma la máxi-humanidad posible. Pero... puede un triángulo ser más o menos triángulo? No. En cambio el hombre puede permanecer en las fronteras del bruto o escalar hasta el nivel del genio.

El humanista aspira la adecuada y plena realización del hombre. He dicho adecuada: cada persona debe llegar a su realización máxima. La suya particular, pues teniendo todos las mismas facultades, no todos tienen la misma capacidad de desarrollo. Desterremos entonces la ilusión optimista de la igualdad absoluta de los hombres.

Realización plena, integral. Bien vale que gastemos un minutejo sobre el término integral. Sea para desenmascarar la perpetua mentira de todas las universidades que prometen la formación integral del hombre y consumen su tiempo en la exclusiva formación profesional, como si el hombre (La universidad, forjadora de hombres) se agotase en el cultivo de su inteligencia y no tuviese una voluntad que formar con la gimnasia de ir diciendo sí o no a pequeñas sugerencias, para después poder dar un SI o NO rotundo a sugerencias de grave trascendencia en nuestra vida. Como si no tuviésemos la facultad del sentimiento estético que debemos educar para la plena degustación de todas manifestaciones de belleza! Como si no tuviéramos la facultad del sentimiento social, por el que el dolor o la alegría que siente el "tú" con el que me relacionan las circunstancias, pasan a ser también mi dolor y mi alegría.

Esta es la formación integral que, por la propia experiencia, sabemos todos que es la gran mentira de nuestras universidades.

El humanista, continuó, quiere vivir y quiere que todos vivan dentro de su esencia. Que nadie sea bárbaro. Que crezca, que mejore y pula por igual todas las facetas del precioso cristal de su personalidad, por medio de la CULTURA. Cultura! Otra palabra muy parcialmente entendida. Luis Vives, figura prócer del humanismo renacentista, quiso dar un nombre a la tarea en la que estaba ocupado con sus discípulos. Reparó en la faena de sus paisanos de Valencia. Qué hacían? Cultivar con el mayor esmero sus naranjos. Entonces, sin más titubeo llamó cultura, cultivo, a su trabajo de maestro. Pero trabajo no como el que hacemos sobre nuestro mundo exterior, sino sobre nuestro intramundo para así reafirmar, pulir y exaltar nuestra talla de ser humano.

Quedamos pues, en que cultura es un trabajo sobre nosotros mismos. Es la cultura subjetiva de la que me he declarado cruzado y a cuya cruzada os invito a todos, para compensar el entretenimiento exclusivo a la cultura objetiva, la "objecta", la que tenemos ahí en los anaqueles de nuestras bibliotecas o colgada en los muros de nuestros museos, o adornando las plazas y jardines de nuestras ciudades, o, convencidos de lo que es absolutismo y lo que es libertad, conquistando libertades para otros pueblos. Todo eso es cultura en lo que no hemos tenido nosotros arte ni parte y, con todo, la cultura con la que nos embriagan nuestros maestros en la escuela en la que tanto ponderan a nuestros poetas a nuestros artistas y a nuestros héroes.

Sin la cultura SUBJETIVA, nunca tendrá realidad perenne la objetividad.

Cultura subjetiva e integral: Del cultivo de la inteligencia, doctores Jesús Chacín y Eleazar Soto Belloso, nos habeis dado claro ejemplo. Y no por un cultivo del sólo conocimiento especulativo que "sisti in contemplatione rerum" se cruza de brazos en la contemplación de la esencia de las cosas, sino por un cultivo del conocimiento práctico, como bien lo pregonan vuestros trabajos científicos y descubrimientos que ya han pasado a ser cultura objetiva, patrimonio de la humanidad.

Aclarado ya en esta forma el término cultura en su aspecto SUBJETIVO, el que más ha de importarnos, volvamos a discurrir sobre el humanismo y el humanista para poder cumplir mejor mi compromiso.

He tratado de definirlos el humanismo esencia; pero he aquí que a finales de la Edad Media surge otra clase de humanismo que es necesario describir, pues provocó un giro copernicano en la jerarquía de valores. Copernicano: Es el sol quien ronda enamorado a la tierra. Y Copérnico grita: "Absurdo" Es la tierra la que ronda enamorada al sol. Giro copernicano! Frente a la concepción teocéntrica que ocupó la mentalidad de toda la Edad Media; frente a la exclusiva preocupación por lo divino y la voluntaria preterición de lo humano (Nuestro cuerpo es prisión del alma. Este mundo es un destierro. El hombre es un náufrago que sólo en Dios encuentra la tabla salvadora) vienen los renacentistas, vienen un Petrarca y un Boccaccio a decirnos que el cuerpo humano es la obra más bella de la creación y que para su honesto regalo ha creado Dios todas las maravillas del mundo.

Comienza entonces a exaltarse lo humano. Y así, de todo aquel conjunto de saberes ordenados al conocimiento de Dios, saberes que podríamos llamar TEODICI-

DADES, se proponen los saberes ordenados a la reafirmación del hombre. Nacen las HUMANIDADES. Se prepara entonces la vuelta a la naturaleza. De esta forma el mundo que para los platónicos y cristianos medievales era un destierro, se trueca en paraíso, y este cuerpo, cárcel del alma, en jaula dorada en la que habita gozoso el pájaro de nuestro espíritu.

A la zaga de estas ideas optimistas viene la exaltación de todo lo natural y nace lo que se llamó la religión natural y el derecho natural y la moral natural. Y avanzando, avanzando el tiempo, ya dejado atrás el Renacimiento, se llegará a estimar que el hombre se basta a sí mismo y que Dios, como ser inútil, está de más! Pero no tardando mucho aquel optimismo del Renacimiento se trocó en amargo desencanto! El hombre no se basta a sí mismo. La razón no es suficiente para resolvernos los problemas de la vida. El paraíso prometido ha resultado un escenario cruento de guerras de religión; de hogueras y potros de tortura inquisitoriales en un país y en otro; noches de San Bartolomé, rigor de persecuciones inhumanas por diferencias de cultos y de credos.

Otra clase de humanismo: el Humanismo ERUDITO. Con ser menos trascendente este humanismo fue el que impuso el nombre de humanismo al hombre que en fin de cuentas no resultó más que un erudito. (Aclaro que erudición, erudito no es más que el resultado de "e-rudere", el resultado de raer, raspar la corteza áspera de nuestra incultura (corteza cultural de encina o alcornoque) y el resultado de darnos un barniz de conocimiento extenso, si se quiere, sí, pero nunca profundo. (Corteza fina de cí-naro). Esto es el erudito. Veamos como se ha ganado este apelativo tan poco enco-miástico: Creyendo los renacentistas que el tipo de hombre que tenemos que copiar es el que se nos ofrece en las obras grecolatinas, se volcaron a la búsqueda de códices, rollos y palimpsestos por todos los conventos, cenobios, monasterios y abadías para encontrar esos tesoros, traducirlos, comentarlos y publicarlos.

Los modelos de hombre que ellos veneraban eran los héroes ilustres, siempre semi-dioses, reyes o hijos de reyes, nobles de superior categoría, porque cuando se es pueblo no se cuenta! Y qué pasó? Que en vez de llegar al fin: la imitación de esos héroes, se quedaron en el placer que ciertamente procura la degustación de las obras de clásicos. Se quedaron en meros eruditos. Pues así como el humanismo anterior sí le preocuparon las ciencias y la técnica, que tanto empuje cobraron con el descubrimiento de la pólvora, de la brújula y de la imprenta, al humanismo erudito sólo le preocupaba el placer del cultivo de las letras.

Todavía puedo presentaros otra forma de humanismo y humanista: el humanista polifacético. Prurito de los renacentistas era el no dejar de cultivar ninguna de las facultades del hombre, desde la que supone el principio del "mens sana in corpore sano" (principio por el que vuelve el narcisismo de los griegos) hasta el cultivo simultáneo de las artes más diversas. Citemos sólo un ejemplo. Miguel Angel fue escultor, pintor, arquitecto injertado en ingeniero y, para colmo, un eximio poeta.

Doctores Jesús Chacón y Eleazar Soto Belloso, no ofenda vuestra modestia el ponderar la polifacecía a la que han tendido que obligaros vuestros sustanciosos tra-

bajos. Habéis tenido que probaros como dominadores de la Estadística, de la Sociología, de la Psicología y, para colmo también, de las exigencias del estilo literario-científico que, al ser claro y distinto, como lo exigió Descartes, ha elevado el merecimiento de la publicación de vuestros trabajos.

Y es que sabéis que el que es docto en una sola materia corre el riesgo de asfixiarse y autoengañarse en la estrechez de su sistema y su doctrina. Estais bien convencidos de que la perfección, ese desarrollo integral del que al principio hacíamos mención no se logra con el cultivo de la ciencia por un narcisismo estéril; pero cultivada con vistas a ser útil a la sociedad, ya que no acertáis a entender el "yo" sin el "tú" pasa a ser la "areté", la virtud que hace al hombre digno de honor y de reconocimiento como el que hoy os rendimos.

Ya explicadas las diversas formas de entender el humanismo y al humanista, pasemos a la segunda parte de mi charla.

EN QUE GRADO CELEBRA EL HUMANISTA LOS ADELANTOS DE LA CIENCIA Y DE LA TECNICA?

En el mismo grado al que las eleva su triunfo progresivo sobre la naturaleza, de la que el hombre, criatura de Dios, va tomando conciencia de que es centro y sentido del universo. Centro y sentido del universo! No os abruma este gran misterio? Vosotros que teneis más recursos que yo para dilatar en vuestra fantasía las dimensiones cuasi-infinitas del universo, teneis por fuerza que abismaros en la consideración de que entre los seres que pueblan los espacios sea el hombre el que da sentido y razón de ser al universo. Yo me pregunto con Job al meditar este misterio: "quid est homo quia magnificas eum?" qué es el hombre que así lo magnificas?

Como no va a celebrar un humanista los avances de la ciencia? La medicina, prendida de la obsesión de la salud perfecta, ha descubierto los antibióticos, la neurocirugía, las terapias hormonales, la cirugía del corazón, los trasplantes de riñones, en los que los médicos zulianos sois los pioneros. El enfermo que sabe que estos y otros inventos se han hecho para él no sabe renunciar a la esperanza de recobrar su salud. En verdad estais logrando que la esperanza en recobrar o mantener la salud sea invencible. Pues, si se exceptúa el cáncer, la leucemia, el infarto del miocardio y, últimamente, esta plaga que nos ha enviado la diosa Venus, asqueada del uso aberrado del amor (y que el amor me perdone de usar aquí su santo nombre!)... si se exceptúan estas enfermedades de qué enfermedad vais a dejar morir al hombre? Menos mal que ya se están encargando los accidentes de tráfico para subvenir a esta dichosa falta de modos de morirse.

Pero sería poco honesto de mi parte si al lado de estos adelantos reconocidos y aplaudidos por los humanistas no se denunciara el grave contrapeso que me obliga a bajar un tanto la voz para explicarlo.

El contrapeso es éste:

A fuerza de enfrentarse el médico a la enfermedad como un adversario que le sale al paso; a fuerza de ser objetiva y científica la práctica de la medicina, se corre el riesgo de que se mantenga en el olvido otra parcela, la más interesante en la totalidad del hombre: su calidad humana.

No, no es el Seguro el culpable de las relaciones frías entre médico y enfermo que con tanta frecuencia se denuncian. La frialdad proviene como consecuencia inevitable de la objetivación de la medicina, y, lo que es más grave todavía, de la objetivación del enfermo. El hombre, amigos, es un conjunto indivisible. Alma o principio vital y cuerpo, por ese principio vitalizado, tienen entre sí una ligazón irresoluble. Es la teoría de San Agustín. Es la teoría de la unión sustancial de la que tanto nos habla la filosofía aristotélico-tomista.

Tal vez el primer bisturí que provocó la vivisección teórica del hombre fue la teoría de Descartes, al considerar en él por separado la "res cogitans" o el sujeto que piensa, y la "res extensa", el cuerpo, objetivo, ponderable, medible, comprobable al ser sometido a observación y experimento. No. El hombre, cuerpo y espíritu forman una unidad sustancial indisoluble.

El hombre es un ciudadano de dos mundos: el sensible, natural, y el suprasensible de la libertad, de la voluntad, de la responsabilidad y de la justicia. La escisión sujeto - objeto es el cáncer cuya metástasis desmorona la relación cordial, humana entre médico y enfermo.

Menos mal que ya está de vuelta y el hombre es considerado como un todo unitario. Es el único camino para aprender el sentido del hombre y de la vida.

Y vamos con la Técnica.

El humanista calibra y pondera los avances de la técnica. Sabe que si cada época en la historia tiene su humanismo, también tiene su técnica. Sabe que la técnica es el manejo de recursos que el hombre inventa y de los que se sirve estableciendo la relación de medio a fin, relación que existe entre las cosas. Sabe que el técnico descubre que A sirve para B y que desde ese momento comienza su ingenio a idear esos recursos y el modo de sacar de los mismos el mejor partido. Sería para nosotros un recreo para el que no tenemos tiempo el seguir el proceso y perfeccionamiento de la técnica.

Lo que más admira el humanista es cómo el hombre ha podido llegar a sacar las cosas de su funcionamiento natural y obligarlas a producir efectos que no entraban en su programa. Un ejemplo: El proceder natural del uranio podría ser, como se vió en algunas aldeas de Galicia, el de servir como piezas de manpostería para levantar una tapia que separa dos parcelas o conucos. Pero... llegan los esposos Curie, descubren la radioactividad de algunos cuerpos de recia densidad y llega un día en el que unos kilos de uranio pueden servir para reducir a pavesas una ciudad entera.

A este grado de técnica que saca a las cosas de su proceder natural no llegaron, por ejemplo, los egipcios que no supieron salir, como los homeópatas del principio

“similia similibus”, pues si han de hacer una pirámide van formando otra artificial y luego removible. Y si han de llevar gruesos sillares de granito desde la Arabia Petrea hasta la base de la pirámide en formación, han aprendido que si la resistencia aumenta con el peso y el frotamiento, un rodillo sólo presenta una línea de puntos de contacto con la tierra, con lo que se hace mucho más fácil el traslado por el procedimiento que todos hemos visto en los grabados copiados de los muros de las profundas mastabas. (Tuve la suerte de ver éstos bajo-relieves en las mastabas próximas a Heliópolis, donde mi esposa y yo tuvimos la suerte de ser guiados por el mismo guía del que se sirvió Crusev, según el guía nos lo dijo ufano, mostrándome el reloj de oro que le dejó en recuerdo turista tan ilustre).

El humanista se goza en ver cómo si el animal reduce su actividad a una mera y perpetua repetición de actos, sin mostrar progreso alguno el hombre ha ido transformando su habitación en un proceso que va desde cuevas que disputan a las fieras los primeros trogloditas a los suntuosos palacios de los reyes.

Reparad en cómo siguen las golondrinas labrando sus nidos en una forma inmutable. Reparad también en los escasos elementos con los que contaba el hombre prehistórico y los recursos con los que hoy cuenta el hombre para vivir y domeñar las fuerzas de la naturaleza. Si el reno fue para el hombre mina fecunda de recursos: su piel para sus vestidos, su carne para alimento, sus huesos para arpones, agujas y raederas; su grasa para velas; su sangre como pigmento para sus pinturas rupestres. Comparad esta parquedad de medios con los materiales sin cuento de que nos ha provisto la técnica moderna.

Cierto que no todos ellos han de atribuirse al ingenio del hombre y sí muchos, muchísimos, al azar. Recuerdo a este efecto el descubrimiento casual del bronce. Las armas endebles de cobre pasaron a tener la dureza y resistencia del bronce el día en que se descubrió que las lágrimas de un metal brillante que se desprendían de la tierra pegada al fogón, al entrar en contacto con algunos utensilios de cobre formaron una aleación difícilísima de quebrar. Las lágrimas brillantes eran de estaño. Había nacido por casualidad el bronce.

Quién y cómo se descubrió que el cadmio y el cobalto, valiosos elementos para producir esmalte, iban un día a frenar el avance de las células cancerosas, al ser inyectadas en cantidades microscópicas, dada su potente fuerza radioactiva? Me decía ayer un doctor en medicina que en la historia de esta profesión muchísimos descubrimientos son producto del azar. Por eso Ortega y Gasset, al hablarnos de los estadios de la técnica, llama al primero el estadio del azar.

Esto ya no es así en el caso del técnico auténtico que, sin inventor y obrero a un mismo tiempo ya maneja en su categoría de artesano los instrumentos por él inventados.

El técnico-ingeniero es ya inventor de máquinas que con sólo ser puestas en marcha, funcionan por sí mismas.

Y vamos terminando. El humanista sigue con asombro todo este proceso de la ciencia y de la técnica; pero su asombro se trueca en estremecimiento cuando el técnico-ingeniero o el médico experimentado en los campos de la bioquímica o de la genética, llegan a sacar a la naturaleza de su natural proceso con daño tan tremendo como podría ser alentador el beneficio para la humanidad.

La subversión de la ciencia contra los planes de Dios puede llegar a la máxima blasfemia de negarlo. Tanto? Sí. Y es que logrados tan sonoros triunfos sobre la naturaleza, vuelve a sonar la voz engañosa de la serpiente en el Paraíso: "Sereis como dioses". Que me perdone nuestro madre Eva si la culpamos por haberse metido a bachillera y queriendo saber tanto como Dios, comió e hizo comer a nuestro padre Adán de la manzana prohibida. Menos mal que por esa culpa merecimos tener un divino Redentor.

La embriaguez de la transformación de los valores de las cosas ha llevado a la ciencia y a la técnica a esta crisis tremenda, a esta angustiada encrucijada en que se encuentra. Pero vosotros, condecorados doctores, os poneis del lado de Max-Plank y repetís con él que la ciencia conduce hasta un punto más allá del cual es muy aventurado pasar.

Coincidís también con el célebre astrónomo Eddigton, cuando afirma que Ciencia y Teología no pueden entrar en conflicto y que han de seguir en concordés líneas paralelas.

Esto es lo que piensa un humanista sobre la técnica y la ciencia. Perdonad, si por el prurito de ser claro, os he llevado a reflexiones que ya os entretuvieron en la escuela. Descartes tiene la culpa!

Conferencia dictada por Luis Arconada como colaboración al homenaje a los doctores Jesús Chacín Melean y Eleazar Soto Belloso, ganadores de los premios Honor al Mérito Científico y Tecnológico correspondiente al año 1988 de FUNDACITE-Zulia.